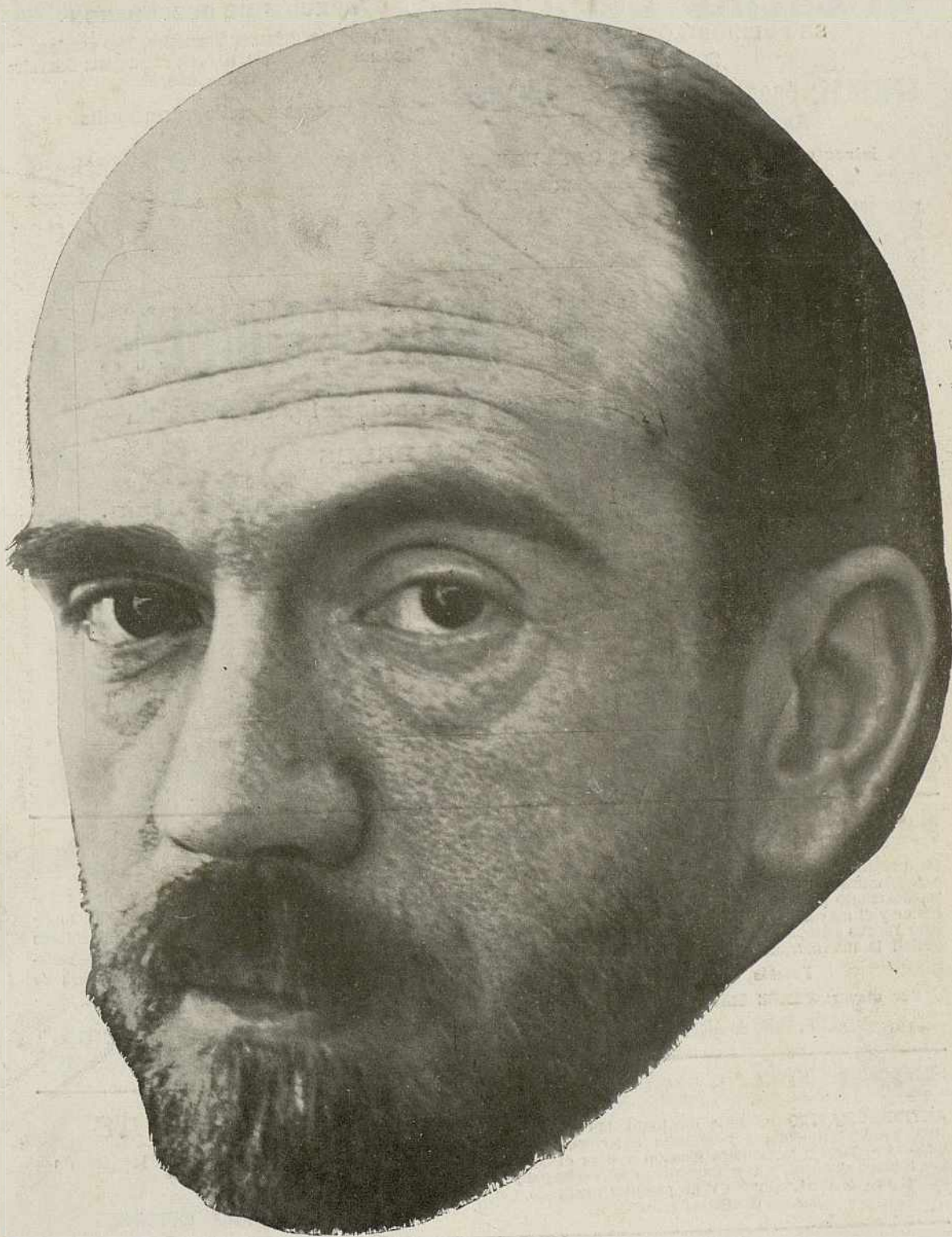


El Cuento Semanal



“Adios á la Bohemia”

POR

PIO BAROJA

ILUSTRACIONES DE AGUSTÍN

30 céntimos

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 28 de Julio de 1911. — NUM. 239

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

PERFUMERÍA "IDEAL BOUQUET,"

Gran surtido en perfumería nacional y extranjera

ULTIMAS NOVEDADES

Especialidad en la fabricación de Aguas de Colonia.

Tipos: Ambarada y Violeta, 6,50 ptas. litro; Azahar y
Lilas, 5,50; Hierba luisa, 4 ptas; Odoria, 2,50

Polvos de arroz FÉMINA, especiales para cutis
delicados

CALLE DEL PRÍNCIPE, 3 - MADRID - CALLE DEL PRÍNCIPE, 3

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.
MADRID, Calle de Alcalá. 7, MADRID

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martin Velasco y Comp.^a
LEASE BIEN EL PROSPECTO

COLECCIONISTAS

Se venden grabados ingleses legítimos
muy baratos
RAZÓN EN ESTAS OFICINAS

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

EL AMANTE DE CORAZON

Ayuntamiento de Madrid POR ANTONIO ASEÑO

ADIOS A LA BOHEMIA

UN CUADRO

(La escena un café con música, violín y piano)

Ramón, 30 años.

Trini, 25.

Un mozo, 50.

Un chulo, 20.

Un señor viejo que lee el *Heraldo*.

Un señor de capa.

Varios jóvenes que discuten.

EL MOZO

(Al señor que lee el «Heraldo».) Ayer se quedaron hasta muy tarde. Luego vino Don Julio, y cuando se fueron á casa serían ya cerca las dos.

EL SEÑOR

Cerca de las dos, ¿eh?

EL MOZO

Sí, cerca de las dos.

(En el grupo de artistas.)

UNO

El Greco, Velázquez, Goya... esos son pintores.

OTRO

Y Pantoja de la Cruz y Sánchez Coello...

OTRO

Para mí, donde esté el Ticiano se acabaron todos los pintores...

RAMÓN

(Sentado á una mesa, cerca del señor que lee el «Heraldo», toma un vaso de café. Es un hombre flaco, de barba, sombrero blando y pañuelo

en el cuello.) ¡Si no vendrá! Sería una desilusión más. Y ella misma me citó. (Mira á la puerta.) No, no es ella. Sentiría que no viniese. (Se abre la puerta.) No, no es ella tampoco. Quizá no venga.

UN SEÑOR DE CAPA

(Que ha entrado y cruza el café. A Ramón.) ¡Hombre, usted por aquí! Hace mucho tiempo que no se le ve.

RAMÓN

Sí ya no vengo. ¿Y usted?

EL SEÑOR DE LA CAPA

Yo voy á jugar arriba una partida al tresillo y luego me voy temprano á casa. ¿Y qué es de su vida?

RAMÓN

¡Pchs! Vamos viviendo.

EL SEÑOR DE LA CAPA

¿Espera usted á alguno?

RAMÓN

Sí, á un amigo.

EL SEÑOR DE LA CAPA

Bueno, pues no le entretengo más. Adiós. Mucho gusto.

RAMÓN

Adiós. (Solo.) Si no vendrá. (Mira el reloj.) Son las diez y cuarto. (Se abre la puerta nuevamente.) ¡Ah! Aquí está.

(Entra la Trini, muy garbosa, con talma y una toquilla por la cabeza. El señor que lee el «Heraldo» la contempla.)



TRINI

¡Hola!

RAMÓN

¡Hola, Trini! Siéntate. Por fin, has venido.

TRINI

Chico, no pude antes. (*Sentándose.*) Llegó mi hermano del cuartel...

RAMÓN

¡Tu hermano!... ¿Y qué dice ese ilustre golfo?

TRINI

¡Golfo! Eso tú... El marqués sin domicilio.

RAMÓN

Habrá ido á pedirnos dinero, como si lo viera.

EL MOZO

Buenas noches.

TRINI

Tráigame usted café, Antonio. (*A Ramón.*) ¿Y qué? Que nos ha pedido dinero, ¿y qué? No parece sino que te lo pide á ti.

RAMÓN

Sería igual. Aunque tuviera, no le daría un cuarto.

TRINI

¡Roñoso!

RAMÓN

¡Si ese hermanito tuyo es un ganguero! Y vosotras le habéis dado... ¡Qué primas!

TRINI

Y bien, ¿Te importa algo?

RAMÓN

¿A mí?... Nada, mujer... Tu dinero es y tu lo ganas con tu honrado trabajo.

TRINI

¡Asaura! Tienes la *asaúra* en la boca. A mí tu *asa*, ya sabes... cero. ¿Te ríes, calamidad?

RAMÓN

(*Riéndose.*) Es que me haces mucha gracia, chica.

TRINI

Pues á mí tú ninguna. (*Irritada.*) ¿Pero de qué te ríes?

RAMÓN

Me río de que reñimos como antes, como cuando nos queríamos.

TRINI

Es verdad.

EL MOZO

(*Con las cafeteras.*) ¿Café?

TRINI

Bueno, ya basta. Eche usted en la copa un poco de leche. Bueno. (*Se guarda los terrones en el bolsillo.*) Le guardo los terrones al chico de la Inés á mi sobrino... Es más mono. (*Sorbe el café.*) Conque la Petra te puso al fresco, ¿eh?

RAMÓN

¿Qué quieres? Ahora se ha arreglado con un gomoso... Hay que vivir.

TRINI

¿Y tú, tan... tranquilo?

RAMÓN

¿Y qué voy á hacer?

TRINI

¿Pero tú has estado enamorado de ella?

RAMÓN

Creo que sí. Estuve enamorado unos días... seis ó siete... entre siete ú ocho días.

TRINI

Chico, ¿tú enamorado... de la Petra? ¡Tiene gracia!

RAMÓN

¡Gracia! ¿Por qué? No tiene nada de particular.

TRINI

Sí, verdad es que ni ella, ni su marido, ni tú tenéis tanto así de vergüenza.

RAMÓN

Gracias.

TRINI

¡Si es verdad! ¡Valiente gentuza os reñiais en esa casa!...

RAMÓN

Sólo faltabas tú allá para que estuviese el cuadro completo.

TRINI

¡Jesús, qué asco! Ni que fuera una...

RAMÓN

¿Qué?

TRINI

Que yo, aunque soy una mujer... así, si hubiera tenido la suerte de esa tía, de casarme, no le engañaría á un hombre ni por un golfo como tú ni por otro que valiera más que tú.

RAMÓN

¿Por qué no te has casado entonces?

TRINI

¿Por qué? ¿A ti qué te importa?

RAMÓN

Nada, pero te quejas... Como se casó tu hermana la Inés, podías tú también...

TRINI

Sí; pero la Inés se casó cuando padre trabajaba en el taller y había dinero en casa; luego se quedó enfermo, y ¿qué?... ni agua. La Milagros y yo empezamos de modelos en los talleres, y como los pintores sois unos sinvergüenzas...

RAMÓN

¿No tenías un novio?

TRINI

Mira, no me hables de esas cosas... Madre mía es, pero algunas veces me han dado ganas de retorcerla el pescuezo por la mala obra que me hizo. (*El señor que lee el «Heraldo» mira con asombro.*)

RAMÓN

Si te hablaba en broma. Hay que tener filosofía, como yo... Te advierto que así te pones hasta fea.

TRINI

Tanto da. Para como vive una, lo mismo daría morirse. *(Apoya la cabeza en la mano.)*

RAMÓN

No hagas caso... Sé filósofa, mujer. ¿Vamos á dar una vuelta? Haced una noche pistonuda.

TRINI

No, no, porque luego la Milagros va á venir á buscarme aquí.

RAMÓN

Como quieras.

TRINI

No hablemos de mí... Y de ese empleo que tú buscabas, ¿qué?

RAMÓN

Chica, del empleo, *nada*.

TRINI

¿De manera que te vas?

RAMÓN

Me parece. ¿Qué voy á hacer? Me voy á mi tierra, á destripar terrones.

TRINI

¡Qué lástima! Tú hubieras sido un gran pintor.

RAMÓN

(Con sonrisa dolorosa.) ¡Bah! ¿Tú qué sabes?

TRINI

Sí, todos lo decían cuando vivíamos juntos. Ramón es un artista, Ramón llegará.

RAMÓN

Pues ya ves, todos se han equivocado.

TRINI

Oye, ¿qué hiciste de aquella tela?... Estaba yo con un corazón en la mano, sonriendo...

RAMÓN

La quemé... Aquella figura es la mejor que me ha salido... no podía hacer otra cosa que resultase á su lado... Hubiera tenido necesidad de tiempo... de tranquilidad... y ya sabes, no tenía tiempo, ni tranquilidad, ni dinero. Me quisieron comprar el cuadro sin concluir, y dije: ¡No, qué demonio, lo quemé!... Y le pegué fuego. Romperlo me hubiera hecho daño. Ya no pienso coger los pinceles. *(Se queda mirando fijamente al suelo.)*

TRINI

¿Ves? Ahora tú te pones triste.

RAMÓN

Sí, es verdad; se me había olvidado que era filósofo. ¡Perra vida! *(Saca del bolsillo de la chaqueta dos ó tres papeles de fumar, grasientos; estira uno y va sacando motas de tabaco de todos los bolsillos, hasta que reúne bastantes para liar un cigarro.)*

TRINI

Oye, di, ¿por qué eres tan desaborio?

RAMÓN

¿Yo? ¿Pues qué he hecho?

TRINI

No tienes ni una mota de tabaco y te crees rebajado por pedirme á mí un real para una cajetilla.

RAMÓN

No, si tengo.

TRINI

¡Mentira!

RAMÓN

Era para aprovechar.

TRINI

¡Qué gili! Si tú nunca aprovecharás nada. ¡Desgraciado! ¡Calamidad!

RAMÓN

No tengo tabaco, pero tengo dinero.

TRINI

Sí, para pagar los cafés y nada más.

RAMÓN

Sí, tengo más.

TRINI

¿Qué vas á tener! *(Al mozo.)* ¡Eh, Antonio! Traiga usted cigarros, pero buenos *(Echando un duro sobre la mesa.)*

RAMÓN

No seas bestia, Trini; guarda esos cuartos.

TRINI

No me da la gana. ¡Ea! ¿No gastaste cuando tú tenías tu dinero conmigo?

RAMÓN

Pero...

TRINI

Nada.

EL MOZO

(Con una caja de puros.) ¿Qué, se han hecho ustedes amigos de nuevo?

RAMÓN

Ya ves... ¿Qué, no tocan ya, Antonio?

EL MOZO

(Mirando hacia el fondo.) Sí. Ahora van á tocar. Esta es una buena breva, Don Ramón.

RAMÓN

¿Cuál?

EL MOZO

Esta que le ofrezco á usted.

RAMÓN

¡Muchas gracias, Antonio! Trini me regala el cigarro. Toma los cafés...

TRINI

No, yo pago todo.

RAMÓN

Déjame convidarte por última vez. Aunque sea un miserable, que me haga la ilusión de que no lo soy por un momento.

TRINI

Bueno, bueno, como quieras.

(El mozo enciende un fósforo y se lo da á Ramón. El piano y el violín del café comienzan á tocar la sinfonía de Cavalleria rusticana. Ramón y la Trini escuchan sin hablar. Sólo se oyen las voces de los artistas que discuten y los siseos del público que protesta de la charla.)

RAMÓN

¡Esta música cómo me recuerda aquellos tiempos! ¿Te acuerdas de nuestro estudio?

TRINI

Sí. ¿Qué frío era, eh?

RAMÓN

El polo. Pero frío y todo, lo pasábamos bien, ¿verdad?

TRINI

Ya lo creo.

RAMÓN

¿Te acuerdas la apuesta que hicimos: yo á que te subiría en brazos hasta arriba, y tú á que no?

TRINI

Sí.

RAMÓN

¡Y cómo la gané! Luego aquel periodista que venía aquí decía que eso lo había copiado yo no sé de dónde. ¡Copiar nosotros, que éramos de una originalidad salvaje!

TRINI

Tú sí, siempre has sido un poco chiflado... vamos, original.

RAMÓN

Y tú también. ¿Te acuerdas aquella primera noche que pasaste allá, cuando me decías que me brillaban los ojos como á un aguilucho?...

TRINI

Sí. Y era verdad.

RAMÓN

Es que te quería.

TRINI

¡Bah!

RAMÓN

Sí, me parece que tú no lo has creído nunca.

TRINI

¿Y aquella tarde que fuimos á la Moncloa?

RAMÓN

Es verdad... Yo no sé qué pasa; ya no hay tardes ahora como aquella. Al llegar hacia la Florida había un charco grande, ¿recuerdas? Tú no querías pasar para no mojarle los zapatitos de charol, y yo te cogí en brazos, con gran algazara de unos golfos, y al llevarte así me mirabas sonriendo...

TRINI

Es que te quería.

RAMÓN

Un poco quizá, pero mucho menos que yo... ¿Y cuando vino aquel poeta enfermo á casa, no recuerdas?

TRINI

Sí.

RAMÓN

Lo estoy viendo entrar; nevaba fuera, y nosotros hablábamos con una vecina alrededor de la estufa. ¡Cómo temblaba el pobrecillo! No he encontrado á nadie en el café, recuerdo que nos dijo castañeteándole los dientes, y voy á pasar aquí un rato, si no os estorbo. Tú le invitaste á cenar, y cuando él nos dijo que hacía ya mucho tiempo que no dormía en una cama, tú le dijiste que se acostara en la nuestra, y te tendiste en el sofá. Yo pasé la noche sentado, fumando, y al verte dormida pensaba: Es una mujer buena, muy buena. Y ya ves, cuando después reñíamos algunas veces...

TRINI

¿Algunas veces sólo?

RAMÓN

No muchas veces. Pues bien, cuando reñíamos, yo pensaba: Sí, tiene estos y estos defectos, pero es una mujer buena.

TRINI

(*Avanzando la mano.*) Tú también has sido bueno para mí.

RAMÓN

(*Tomando la mano entre las suyas.*) No, yo no.

TRINI

¿Y qué se hizo de aquel pobre hombre, del poeta?

RAMÓN

Murió en un hospital.

TRINI

¿Y hacía versos bonitos de verdad?

RAMÓN

No sé... Yo no leí nunca nada suyo; pero tan injusto me parece que muera un genio en un hospital, abandonado, como que muera allí un pobre hombre.

TRINI

¿Y aquel escultor catalán del pelo largo?

RAMÓN

Creo que dejó el oficio. Se hizo vaciador. Ahora come. Ha bajado de categoría y ha subido de alimentación.

TRINI

¿Y el otro? El francés flaco de la perilla, que cantaba y accionaba...

RAMÓN

¿El que recitaba los versos de Paul Verlaine, por la calle? Creo que murió; le cogió un ómnibus en París.

TRINI

¿Y el anarquista?

RAMÓN

Ese se hizo de la Policía.

TRINI

¿Y el otro, el de los bigotes?

RAMÓN

¡Ah, sí! ¡Qué tipo! Recuerdo la disputa que tuvo con otro amigo, los dos en aquella época

desastrados y zarrapastrosos; llegaron á insultarse discutiendo cuál de los dos hubiera llevado mejor un frac en un sarao elegante.

El de los bigotes, que después llegó á conseguir buena posición, gastaba unos pantalones extraordinarios. Eran unos pantalones que no tenían más que los dos tubos para las piernas, estos tubos que no sé cómo se llaman en sostería. Los llevaba atados con unas cuerdas al cinturón, y disimulaba aquel espectáculo complicado con un gabán raído.

Conservaba también un bastón sin contera, tan desgastado que para tocar con la punta en el suelo tenía que agacharse y bajar el brazo.

A pesar de su indumentaria, que no era precisamente la de un Petronio, me decía una vez paseando él y yo por la Castellana, y mostrándome las damas reclinadas en sus coches: Estas señoras nos miran con un desdén... inexplicable.

TRINI

¡Inexplicable! ¡Tiene gracia!

RAMÓN

Pobre hombre; qué fuerza de ilusión tenía.

TRINI

¿Murió también?

RAMÓN

Sí, murió. Casi todos los que nos reuníamos aquí, desaparecieron. Nadie ha triunfado, y otros muchachos, llenos de ilusiones, nos han sustituido, y, como nosotros, sueñan y hablan del amor y del arte y de la anarquía. Las cosas están igual; nosotros únicamente hemos variado.

TRINI

No, chico, todo no está igual. Se conoce que no has pasado por nuestra antigua casa.

RAMÓN

¡No he de pasar! La han tirado, ya lo sé. El otro día me asomé al solar, no hay allá más que un agujero muy grande, tan grande como el que hay en mi corazón. No sé, no me haga caso, pero creo que lloré.

TRINI

Yo también he llorado algunas veces al pasar por allá.

RAMÓN

Uno quisiera que las cosas unidas á sus recuerdos fueran eternas, pero nuestras vidas no tienen importancia para eso. En aquel rincón fuimos felices; nuestra felicidad ó nuestra desgracia no tiene valor. (*Dan en la parte de fuera y asoma una cara á través del cristal.*)

TRINI

Es la Milagros con ese, que vienen á buscarme.

RAMÓN

¿Te vas?

TRINI

Sí, chico.

RAMÓN

Parece mentira que nosotros podamos despedirnos así. En fin, tú aquí, en Madrid, estás mejor que yo. Me olvidarás pronto.

TRINI

Más pronto me olvidarás tú á mi. Tú tienes vida por delante. En tu pueblo te casarás... puedes tener mujer... hijos... yo en cambio... ¿Qué le queda á una como yo? El hospital... el Viaducto... *(Se levanta.)*

RAMÓN

(Sujetándola de la mano.) No, Trini, no. Yo

no te puedo dejar así. Tú has sido mi mujer. A mí no me importa que la sociedad, los poderosos puedan decir que hemos vivido amancebados, á mí no me importa que nos desprecien... Yo soy un humilde, como tú... mi padre era labrador... un pobre trabajador del campo... para mí has sido mi mujer, y yo no puedo dejarte así, no.

TRINI

¿Y qué puedes hacer tú, pobrecillo? Dinero no tienes. ¿Casarte conmigo? Pero es que yo no lo querría, ¿sabes?, porque, aunque no soy una mujer como debía ser, tengo corazón y vergüenza... más que otras... y tú ni nadie me pueden dar lo que ya he perdido. *(Vuelven á llamar en los cristales. La Trini tendiendo la mano.)* Conque chico...

RAMÓN

¿Y ya no volveré más á saber de ti?

TRINI

¿Para qué?



RAMÓN

Eres muy cruel conmigo.

TRINI

Más cruel soy conmigo misma. *(Esta sin hablar, mirando al suelo. Entra un chulito, de capa y sombrero ancho, y se acerca á la mesa.)*

EL CHULO

(Tocándose el ala del sombrero.) ¡Buenas noches!

RAMÓN

(Sin mirarle.) Buenas.

EL CHULO

(A la Trini.) ¿Conque vienes ó no? Esos nos están esperando.

LA TRINI

Ya voy. ¡Adiós, chico! *(Alarga la mano á Ramón.)*

RAMÓN

¡Adiós!

(La Trini va con el chulo, se acerca á la puerta, se vuelve con vacilación, ve á Ramón con la cabeza baja, suspira y sale. Ramón se levanta decidido á ir tras ella.)

EL SEÑOR QUE LEE EL «HERALDO»

(Cogiendo á Ramón del gabán.) ¿Pero qué va usted hacer, hombre? Si ella no quisiera no se iría.

RAMÓN

Es verdad, tiene usted razón. *(Se sienta de nuevo. El mozo se acerca á la mesa, retira los vasos y platillos y pasa el paño por el mármol.)*

EL MOZO

No se apure usted, Don Ramón. Cuando una mujer se va, otra viene.

RAMÓN

Es que no es una mujer la que se va, Antonio. Es la juventud... la juventud... y esa no vuelve.

EL MOZO

Es verdad. ¿Pero qué se le va á hacer? Así es la vida, y hay que tener paciencia... porque todo pasa, y bien pronto, no crea usted.

EL SEÑOR DEL «HERALDO»

(Moviendo afirmativamente la cabeza.) Ya lo creo.

EL MOZO

(A Ramón.) Qué ¿se va usted, señorito?

RAMÓN

Sí, me voy á dar un paseo largo... muy largo. *(Levantándose y saludando con el sombrero al señor del «Heraldo».)* Buenas noches.

EL SEÑOR DEL «HERALDO»

(Amablemente.) ¡Muy buenas noches! *(Ramón cruza el café y sale á la calle.)*

UNO DE LOS ARTISTAS

¡El Greco! Ese era un pintor sabiendo...

OTRO DE LOS ARTISTAS

Para mí no hay más técnica que la del Ticiano.



UN JUSTO

Nadie preguntó á Don Venancio quién era ni de dónde venía; rico, avaro y muy religioso, tenía bastantes cualidades con éstas para ser muy bien visto y recibido en un pueblo tan chapado á la antigua como Argoitia.

A los pocos meses de llegar allí, compró la casa mejor del pueblo, una antigua mansión señorial, grande y espaciosa; la restauró con poco dinero y la amuebló con el mal gusto de un burgués que, además de serlo, rinda culto á la sagrada economía. Al poco tiempo, su casa se convirtió en centro de reunión de la gente bien acomodada de la aldea.

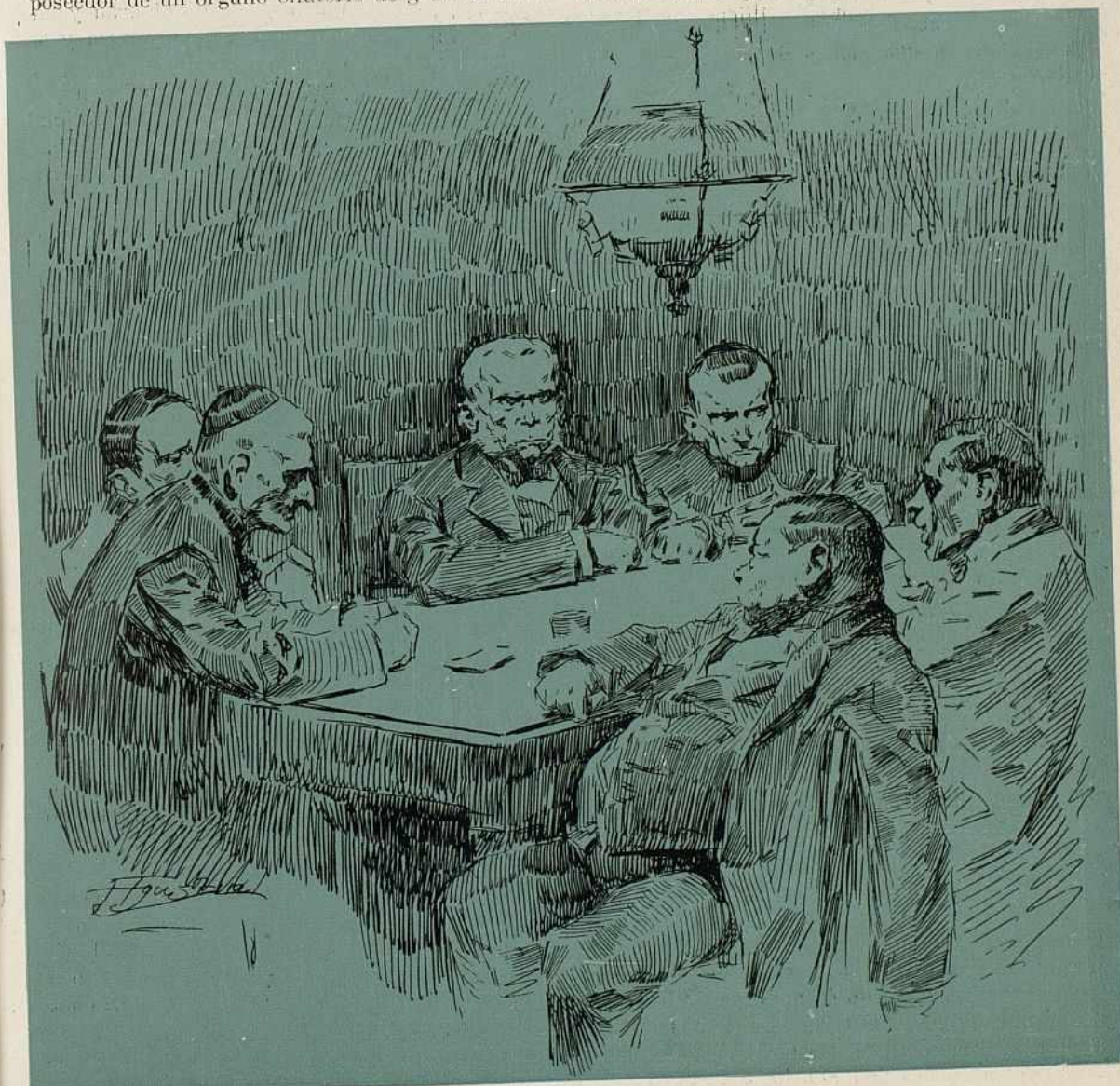
Las personas pudientes acudían al anoecer á la tertulia de Don Venancio, y como éste era

el más rico de los que allí se juntaban, y la riqueza es la única superioridad para la gente de los pueblos, todos le respetaban y le adulaban rastreramente. Don Venancio hablaba muy poco en sus reuniones. Era un hombre desagradable sin quererlo; algunos hay que lo son expresamente; sólo en un pueblo como Argoitia, en donde el sumum de la respetabilidad es el ser fastidioso, podía considerarse á Don Venancio como una persona simpática. Tenía el tal, una de esas caras borrosas que no dicen nada, la nariz corta, los ojos claros, la boca recta ó sin inflexiones en los labios, como si fuera una cicatriz; la mirada fría y recelosa; había á veces en su expresión algo de zorro ó de garduña; pero

normalmente el aspecto de su rostro, con sus patillas blancas, era el de un gato viejo, entoncetecido y triste.

Los contertulios no eran menos fastidiosos que Don Venancio. Los asiduos eran los siguientes, por orden de importancia: 1.º El alcalde, especie de cetáceo sofocado por su obesidad, con un vientre puntiagudo, abultado y flácido que se le caía entre las piernas. 2.º El vicario, hombre-nariz, poseedor de un órgano olfatorio de gran tamaño

frecuentaban la casa de cuando en cuando; los que no iban nunca por la tertulia de Don Venancio eran el amo de la fundición, el juez y el cura recién llegado, Javier; los dos primeros se sabía que era por motivos políticos; lo que no se explicaba nadie era el por qué no iba a la reunión Javier. Este último sentía una antipatía invencible por Don Venancio; en cambio Don Venancio quería atraer al cura a su casa por todos los medios. Javier pretextaba no tener tiempo; las



y de verdadera precisión, con el cual olfateaba mejor los guisos en las cocinas de sus feligreses que los pecados en sus conciencias. 3.º El médico, hombrecillo cascarrabias de los que taconean fuerte y miran a todos desdeñosamente. 4.º Don Martín, el coadjutor, un cura cejijunto y de mal genio que hubiese querido tratar a todo el mundo a pescozones, como a los chicos a quienes enseñaba la doctrina; y 5.º El boticario, el animal más egoísta y poltrón de todos los que manejan la Farmacopea.

Además de estos contertulios había otros que

visitas a los enfermos, el confesonario y otras mil cosas, le ocupaban todas sus horas.

Javier era muy aficionado a recorrer los caeríos; tenía largas conversaciones con los labriegos, y en el camino, a la ida y a la vuelta, cogía hierbas, insectos y piedras que mandaba en cajas por la diligencia a un profesor amigo suyo del Instituto de la capital.

El confesonario era para Javier un suplicio. Se mareaba encerrado en aquella estrecha caja, y por más que hacía para no enterarse de lo que le contaban, aquella bocanada de estupideces, de

mojigaterías, de escrúpulos de hipócrita, de monstruosos egoísmos que llegaban hasta él, destemplaban su alma.

Ninguna de las personas importantes del pueblo se confesaba con Javier. La mujer del alcalde le había quitado la parroquia distinguida, diciendo en todas partes que el cura nuevo solía estar distraído en el confesonario.

Don Javier tenía enormes defectos, según sus

No tenía hijos ni los quería; mangoneaba en la casa; dominaba á su marido, á su madre y á su hermana; tocaba las campanas y trabajaba en la huerta. Su adhesión por el vicario y el alcalde era tan enorme que se hubiera hecho trizas por ellos. Era de un carlismo exaltado hasta la locura.

A Javier, la Cerora le dominaba, y aunque le trataba como á un hijo, muchas veces le manda-

ba guardar la casa, ó le daba una especie de plancha y un cazo con harina y agua y le decía con palabras acres que, ya que los curas no tienen que trabajar, que se estuviera junto al fuego haciendo hostias. A Javier no le molestaba aquello, y hacía una porción de obleas que luego, cortadas, servían para comulgar.

Apenas soportado por la gente del pueblo, Javier vivía satisfecho visitando los caseríos, subiendo á los montes, sentándose en el tronco de un árbol á leer los Evangelios; cuando sucedió en el pueblo un suceso extraño, que puso en conmoción á todos los vecinos.

Un domingo por la mañana se presentó en la iglesia, mientras se celebraba la misa mayor, una mujer de luto, á quien nadie conocía. Se supuso que era forastera. La mujer no hacía más que mirar á un lado y á otro, hasta que apercibió á Don Venancio. Entonces se fué hacia él, con furia, le agarró de un brazo y le dijo varias veces:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Canalla!

Don Venancio al verla se desmayó; le llevaron entre

cuatro personas á la sacristía y llamaron al médico. El vicario condujo á la mujer de luto á su casa, y en ella la hospedó durante unos días, dejándola al cuidado de su hermana.

Durante este tiempo, el vicario no hizo más que ir y venir de la casa de Don Venancio, enfermo aún, á la suya, hasta que al cabo de tres días acompañó á la mujer al coche y se despidió de ella. El vicario dijo que se trataba de una pariente de Don Venancio que había perdido la razón, y desde entonces se notó que el párroco no abandonaba un momento la casa del enfermo.

Una mañana Javier se quedó muy asombrado al recibir una carta de Don Venancio, en la cual le suplicaba que hiciera el favor de presentarse á las ocho en su casa por la puerta del jardín. No comprendía la razón de estos misterios. Acudió Javier, llamó, le abrieron la puerta y, prece-



compañeros; lo primero que dijeron de él fué que era un farsante; después, que su humildad era fingida y que el desinterés que manifestaba no tenía más objeto que el de hacer resaltar la codicia del vicario y de los otros dos coadjutores. Además de estas faltas tenía la de no ser ni íntegro ni carlista, la de hablar muy bien el latín y la de leer la Biblia.

Vivía Javier en casa de la celadora de la iglesia, casa que en el pueblo se llamaba de la Cerora, y que estaba á veinte metros de la puerta trasera de la parroquia.

La Cerora era la hija del sacristán antiguo y se había casado con un hombre muy torpe, al cual no podía enseñar el oficio de su padre. La Cerora era un marimacho, de poca estatura, fea, decidida y dominadora; lo mismo asistía á un parto que montaba á caballo.



dido de una muchacha, atravesó el jardín y entró en la casa. Subió por una escalera de servicio, atravesó un largo pasillo y, por una puerta de poca altura, la muchacha le hizo pasar á un cuarto muy grande, de aspecto conventual, alumbrado por la luz roja de una ventana empotrada en el grueso paredón y tapada con una cortina de percal rojo. El techo del cuarto era muy alto, con vigas azules; el suelo de anchas tablas de nogal enceradas; la pared estaba pintada de verde claro, y sobre ella se destacaban algunos lienzos de asuntos religiosos que, aunque no buenos, contribuían á dar un tinte sombrío al cuarto.

Adosado á las paredes había un armario pesado de nogal, un reloj muy grande y antiguo, con la péndola y el círculo del cuadrante de faienza, y en un testero una cómoda de caoba, y sobre

su tabla dos fanales de cristal, que encerraban unos ramilletes hechos de conchas de mar y que imitaban flores; á los lados de éstos había dos grandes candelabros de plata, y en medio de la cómoda un crucifijo.

Junto á estos muebles que, aunque no de buen gusto, daban idea de algo inmóvil, respetable y sesudo, formaban un extraño contraste unas cuantas sillas de madera curvada y una cama de hierro con adornos de latón dorado. En esta cama, con el codo apoyado en una almohada, estaba Don Venancio. Tenía un aspecto lamentable, la barba sin afeitar en varios días, los ojos hundidos, las mejillas demacradas, y sobre los pómulos dos rosetas encendidas.

—Buenos días, Don Venancio—dijo Javier al entrar.

—Acérquese usted, señor cura—murmuró el

enfermo con voz ronca—. Quiero confesarme con usted. No se trata de mojigaterías, no tenga usted cuidado. Haga usted el favor de cerrar la puerta. Tenemos que hablar solos.

Javier cerró la puerta.

—Ahora siéntese usted, señor cura. Es necesario que me escuche. Yo soy un malvado. El recuerdo de lo que he hecho me mata, y deseo confesarlo todo, restituirlo todo, porque aunque sea en un presidio quiero vivir, y sé que con la carga que tengo sobre mi conciencia moriré.

—Hable usted, Don Venancio; estoy dispuesto á oírle.

—Oígame usted, señor cura; usted que es sincero, que no es hipócrita, ¿cree usted que Dios perdona todos los pecados?

—Todos los perdona.

—¿El de la ingratitud también?

—También.

—Si viera usted, es el que más pesa sobre mi conciencia. Y después, con frase entrecortada por los sollozos, contó lo siguiente:

—Yo estaba empleado en una casa de banca. El patrón, mi principal, había hecho por mí todo lo que yo podía esperar; tenía un buen sueldo, y mi vida se deslizaba tranquila, haciendo números en el escritorio. Era casi feliz; no deseaba nada. Por entonces, la caja de mi principal comenzó á quebrantarse; él, que tenía toda su confianza en mí, puso todos sus bienes á mi nombre para salvarse de la ruina, é hicimos un documento privado. Desde entonces, no pensé más que en buscar un medio para quedarme con aquel dinero. Mi principal fué á Barcelona, yo me aproveché de su ausencia y destruí el documento. Así nadie podía poner en duda mis derechos, y hecho esto, después de dar orden á un agente que cobrara mis cupones, huí á Valencia. Allá supe que mi principal había sido llevado á la cárcel, y que se había suicidado. En Madrid conocí la suerte de su familia, que quedó en la miseria. Después, perseguido por los remordimientos, vine á este pueblo, y aquí, si no feliz, he vivido tranquilo, hasta que se presentó aquella mujer, la hija del banquero.

El consejo de Javier, al oír la confesión, fué que devolviera inmediatamente todo lo robado á la familia. Don Venancio agarró la mano de Javier entre las suyas, y le dijo:

—Señor cura, todo lo devolveré; iré al hospital ó á un hospicio. Escriba usted hoy mismo. Ahí tiene usted las señas de esa familia.

Javier salió de casa de Don Venancio, y al salir vió al vicario que estaba enfrente, como espíandole, en la puerta de la posada. Javier marchó inmediatamente á su casa y se puso á escribir; dió las cartas á su patrona y la mañana y la tarde las pasó leyendo.

No era para él muy agradable volver á casa de Don Venancio; y le mandó un recado al día siguiente con la sacristana de que había cumplido el encargo.

Pasaron ocho días y Javier no tuvo contestación á sus cartas; viendo esto, se acercó á casa de Don Venancio; le dijeron que el enfermo no quería recibir á nadie. Volvió al día siguiente y le ocurrió lo mismo, y en los cuatro días que fué, recibió la misma contestación.

Entonces un principio de sospecha se apoderó de Javier. Aquel conciliábulo de los notables del pueblo, del vicario, del alcalde, del médico y de los demás que no abandonaban al enfermo un instante, le preocupó. Pero como tenía un gran fondo de ingenuidad, le habló al vicario de lo que ocurría, de lo que había confesado Don Venancio y de los propósitos de éste de restituir el dinero que había adquirido por robo.

El vicario oyó con una sonrisa socarrona la declaración de Javier.

—Deje usted eso á mi cargo—le dijo.

Javier no replicó; pero al volver á casa, escribió de nuevo á la familia perjudicada y entregó la carta á su patrona.

Sin saber por qué se le ocurrió pensar que la Cerera podía engañarle, y aunque la suposición aquella le hizo daño, se acercó á los cristales de la ventana á mirar hacia dónde iba la sacristana. En vez de ir al correo, la vió marcharse en dirección opuesta, por el lado de la casa del vicario.

Javier salió de casa y se fué á la botica que estaba frente al correo y miró á ver si veía á su patrona echar la carta. A las doce volvió Javier á su casa. Mientras le servía la comida, preguntó á su patrona:

—¿Y la carta?

—Ya la eché.

—¿No se le ha olvidado á usted?

—No. La he llevado en seguida.

La traición era clara y el comprobarla fué muy doloroso para Javier. Volvió á escribir, y él mismo echó la carta en el correo.

Días después el vicario se ausentó del pueblo un día entero; al siguiente se presentó acompañado por un padre jesuita de unos cuarenta ó cincuenta años, de aspecto humilde, que se hospedó en su casa.

Como la carta no tuvo contestación y, según se decía en el pueblo, Don Venancio se agravaba, Javier se decidió á marchar á la capital.

Al día siguiente de conocer esta noticia habló nuevamente al vicario, y éste le contestó como la primera vez, que dejara aquello á su cargo. La consigna de no dejar entrar á nadie en casa de Don Venancio, se había hecho absoluta y el cerco se había estrechado.

La decisión de Javier de ir á la capital se afianzó más cuando oyó decir al médico que el enfermo se agravaba. A la mañana siguiente, después de decir su misa, se puso á esperar á que pasara la diligencia. Iba á subir en ella, cuando un chico le llamó diciéndole que fuera á un caserío, en donde una mujer se estaba muriendo.

Siguió Javier al chico, con desaliento, confesó y comulgó á la mujer que tenía una enfermedad crónica, que no era grave, y volvió al pueblo. Esperó al anochecer para tomar la diligencia; pero ¡casualidad extraña! el coche no se detuvo como otras veces, y siguió de largo sin

la del Comendador, del Tenorio. Bajo aquella frente ancha y espaciosa parecía que no podían germinar más que grandes pensamientos; pero á pesar de sus apariencias, era uno de los hombres de más cortos alcances que haya nacido de madre.



pararse en la plaza. Javier, decidido, marchó inmediatamente á la posada, en donde se alquilaban coches, dispuesto á gastarse en uno el sueldo de un mes; pero no había ninguno disponible.

Al pasar junto á la casa de Don Venancio, le dijeron que el enfermo estaba muy grave. El notario del pueblo inmediato se encontraba á su cabecera, y además el vicario, el alcalde, el médico y el padre jesuita. Javier, comprendiendo la gravedad del caso, se dirigió á la casa del juez municipal, el librepensador del pueblo, y le contó lo que pasaba.

El juez era un viejo de cara venerable, con el pelo y la barba blancos como la nieve; era de esos hombres que se sienten héroes y no han hecho nada en su vida. Su figura recordaba

El juez se hacía pasar por un hombre terrible entre la gente del pueblo, y no era valiente más que frente á las palabras del absolutismo, obscurantismo, despotismo, etc.; pero frente á un conflicto cualquiera, era un gallina.

Comprendiendo Javier que el Juez no era capaz de hacer nada más que hablar, se fué á ver á dos ó tres labradores ricos, que conservaban en el pueblo una posición independiente; pero los aldeanos, á quienes las mayores enormidades cometidas les parecen lógicas si se hacen por dinero, ni se alteraron, ni se sintieron dispuestos á protestar. Javier, indignado, se fué á su casa y se acostó al anochecer. A la media hora de estar en la cama, oyó que llamaban en la puerta de su cuarto suavemente.

—Que pase quien sea—dijo—; y encendió la

luz, y vió entrar en su habitación al padre jesuita, que había venido al pueblo acompañado del vicario. Javier pidió permiso á aquel señor para levantarse y recibirle como era debido; pero el otro le suplicó que no se molestase. Tenían que hablar.

—Usted dirá—murmuró Javier.

—Verá usted. Se trata de lo siguiente—dijo el recién llegado—. Un señor ha robado á su protector una cantidad grande, y la familia de este último, colmada de miserias y desgracias, ha caído en la más completa abyección. El que ha robado confiesa su delito, y quiere, momentos antes de su muerte, devolver lo robado. ¿Pero á quién tiene que entregarlo? Ese es el problema.

—A la familia del robado—murmuró Javier.

—Es una de las soluciones—dijo el padre—. Pero yo creo que debe ir á la Iglesia, porque el uso que de este dinero hará la Iglesia será mejor y más digno que el que pueda hacer esa familia, caída en la abyección. Eso es lo que hay que discutir.

Javier no creía que aquella cuestión pudiera discutirse; pero su contrincante le citó tal número de casos, extraídos de los libros de los

padres de la Iglesia y de sus comentadores, que Javier tuvo que encontrar argumentos en la misma fuente.

La discusión iba tomando el giro de una controversia de escolásticos; y los dos, buenos humanistas, encontrando más facilidades para discutir la cuestión en latín, comenzaron á hablar en esta lengua.

El padre paseaba por el cuarto y miraba á Javier con entusiasmo.—Es usted un gran latinista—le dijo.

De pronto se oyeron campanadas, que tocaban á agonía.

—Don Venancio ha debido de morir—murmuró el jesuita, dando con los dedos en el cristal de la ventana.

—Se ha cometido una infamia—murmuró Javier.

—Volveremos á discutir el caso. Adiós, Javier—murmuró el jesuita, y salió del cuarto.

Se hicieron á Don Venancio funerales soberbios; nadie supo á punto fijo á cuánto ascendía su fortuna, ni á qué manos había ido á parar.

Y al cabo de un mes de la muerte de Don Venancio, Javier fué trasladado á una anteiglesia aislada en medio del monte.



LAS COLES DEL CEMENTERIO

A la salida del pueblo, y colocada á la izquierda de la carretera, se veía la casa, una casa antigua, de un piso, en cuyas paredes, ennegrecidas por la humedad, se destacaban majestuosamente varias letras negras, que formaban este rótulo:

DESPAHO DE BINOS DE BLASIDO

El artista que lo escribió, no contento con la elegante postura en que colocó á cada letra, había querido excederse, y sobre el dintel de la ancha puerta pintó un gallo de largas y levantadas plumas, apoyado en sus dos patas sobre un corazón herido y atravesado por una traidora flecha; misterioso jeroglífico, cuya significación no hemos podido averiguar.

El zaguán espacioso de la casa estaba estrechado por barricas puestas á los lados, que dejaban en medio un estrecho pasadizo; venía después la tienda, que además de taberna, era chocolatería, estanco, papelería y algunas cosas más. En la parte de atrás de la casa había varias mesas bajo un emparrado, y allí se reunían los adoradores de Baco los domingos por la tarde á beber y á jugar á los bolos, y los que rendían culto á Venus á mitigar sus ardores con la refrescante zarza.

Justa, la tabernera, hubiera hecho su negocio á no tener un marido perezoso, derrochador y gandul, que además de tratarse íntimamente con todos los espíritus más ó menos puros que ella despachaba en el mostrador, tenía una virtud prolífica de caballo padre.

—*Arrayua Blasido*—le decían sus amigos—. ¡Qué! ¡Otra vez tu mujer así! No sé cómo demonios te las arreglas...

—*Año*, ¿qué queréis?—replicaba él—. ¡Las mujeres! Son como las cerdas. Y la mía... Con olerlo, ¿eh?... Con que deje los calzoncillos en el hierro de la cama, ya está *empreñada*. Hay buena tierra; buena semilla; buen tempero...

—¡Borracho! ¡Cerdo!—gritaba la mujer cuando le oía. Más te valiera trabajar.

—¡Trabajar! *Año*, trabajar. ¡Qué ocurrencias tienen estas mujeres!

Un día de Enero *Blasido*, que iba borracho, se cayó al río, y aunque los amigos le sacaron á tiempo para que no se ahogara, cuando llegó á casa tuvo que acostarse temblando de los escalofríos. Tenía una pulmonía doble. Mientras estuvo enfermo, cantó todos los zortzicos que sabía, hasta que una mañana que estaba el tamborilero en la taberna le gritó:

—Chomín, ¿quieres traer el pito y el tamboril?



—Bueno.

Chomín trajo el pito y el tamboril, porque estimaba á Blasido.

—¿Qué toco?—preguntó el tamborilero.

—El *aurescu*—dijo Blasido. Pero la mitad de redoble. Blasido se volvió y añadió:—El final, Chomín; el final, que esto se va. Y Blasido volvió la cabeza hacia la pared y se murió.

Al día siguiente, Pachi el sepulturero, cavó para su amigo una magnífica y cómoda fosa de tres pies de profundidad. Justa, la tabernera, que estaba embarazada, siguió bregando con sus siete chiquillos y su taberna, dirigida por los consejos de los amigos del marido.

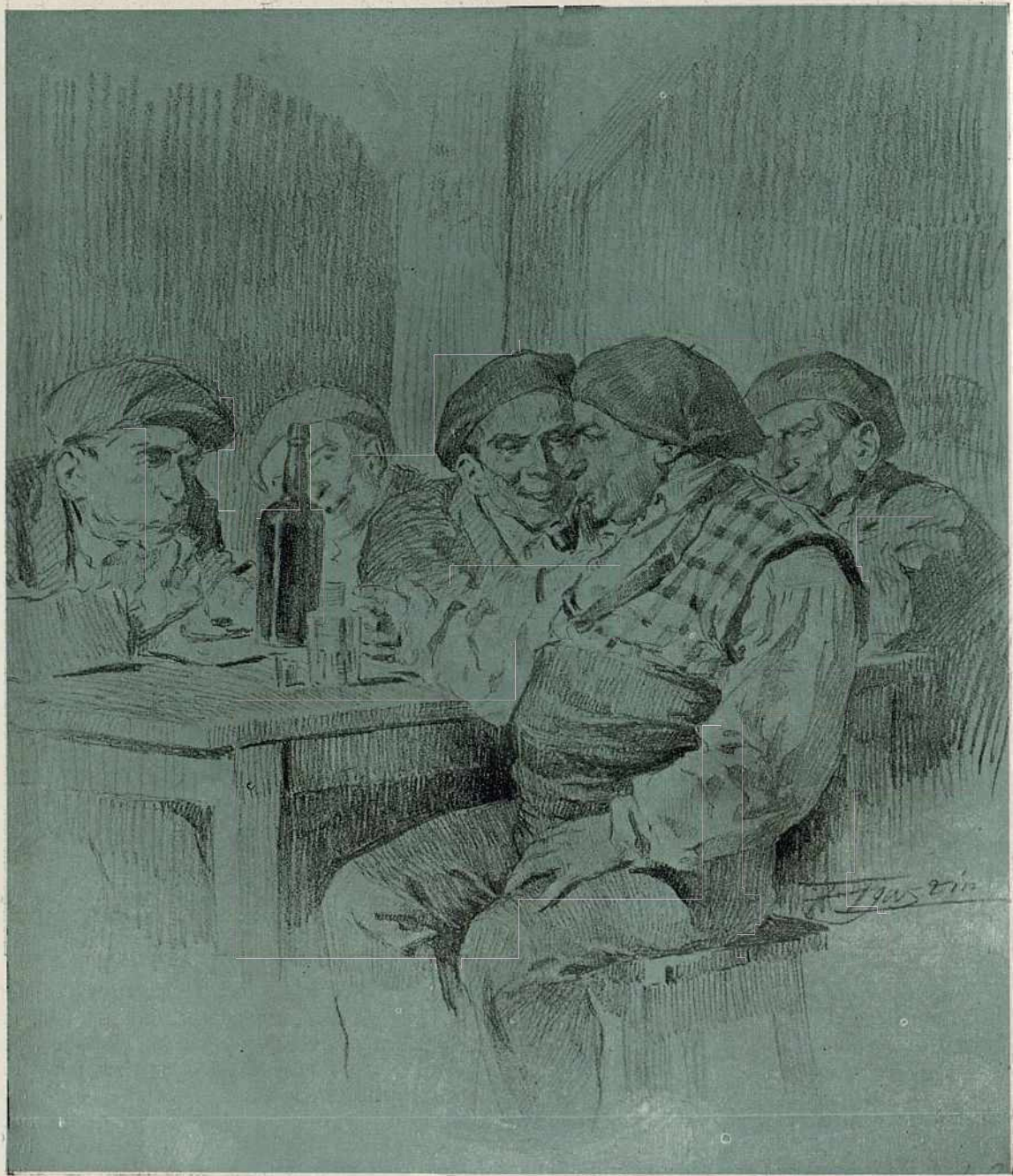
De éstos, el más adicto era Pachi-zarra ó Pachi-infierno, como le llamaban otros. Pachi era un hombre que hubiera parecido alto á no ser tan grueso; era cuadrado visto por detrás, re-

dondo por delante y monstruosamente tripudo de perfil; su cara, cuidadosamente afeitada, tenía un tono entre rojo y violáceo; sus ojos, pequeños y alegres, estaban circundados por rebordes carnosos; su nariz no era griega, hay que confesarlo; pero si no hubiera sido tan grande, tan ancha y tan colorada, hubiese parecido hermosa; su boca no tenía dientes; pero hasta sus enemigos no podían menos de declarar que sus labios se entreabrían con sonrisas suntuosas; y que su boina, ancha como un plato, siempre encasquetada en la cabeza, era de un gusto exquisito.

Las malas lenguas, los eternos Zoilos, decían que Pachi había tenido una juventud borráscosa; quién adivinaba que sus manos, ayudadas por un modesto trabuco, desvalijaron á los caminantes, allá por la Rioja, cuando se estaba

construyendo la línea férrea del Norte; otros, veían en él un presidiario escapado; otros, un marinero de un barco pirata, y no faltaba quien, de deducción en deducción, suponía que Pachi había pedido su plaza de sepulturero para sacar las mantecas á los niños muertos; pero to-

menterio. En la aldea se había dicho que Pachi había muerto. El Ayuntamiento, viendo que reclamaba lo suyo, le quiso comprar las tierras; pero Pachi no admitió las ofertas que le hicieron y propuso ceder sus heredades á condición de que le dieran el cargo de enterrador y le deja-



das estas suposiciones de las gentes, tenemos que consignar en honor de la verdad, no eran ciertas.

Pachi, al volver á su pueblo tras largas expediciones por América, se encontró con que en sus tierras, en unas heredades que tenía en la falda de un monte, habían hecho el ce-

sen hacer en un ángulo de las tapias del camposanto una casuca, para vivir con su boina y su pipa.

Se aceptaron sus proposiciones, y Pachi construyó su casita y fué á vivir á ella y á cuidar del cementerio; y ciertamente no debieron de sentir los muertos que Pachi se encargara de

Pachi
ue re-
tierras;
cieron
ón de
deja-



l cam-
oína y
i cons-
cuidar
ron de
ara de

sus sepulturas, pues las adornaba con plantas olorosas y hermosas flores.

A pesar de estos cuidados que se tomaba el buen Pachi, la gente del pueblo le miraba como á un réprobo, todo porque algunos domingos se le olvidaba oír misa, y porque cuando oía elogiar al vicario del pueblo, decía, guiñando los ojos:—*Esaguna laguna*, que en vascuence quiere decir: te conozco, amigo; con lo cual suponían malévolamente los del pueblo, que Pachi hacía alusión á una historia falsa, aunque tenía sus visos de verdadera, en la cual historia se aseguraba que el vicario había tenido dos ó tres hijos en una aldea próxima.

Era tal el terror que inspiraba Pachi, que las madres, para asustar á los niños, les decían: «Si no callas, *maitia*, va á venir Pachi-infierno y te llevará con él.»

La aristocracia del pueblo trataba á Pachi con desprecio; y el boticario, que se las echaba de ingenioso, creía burlarse de él.

Pachi y el médico joven simpatizaban; cuando este último iba á practicar alguna autopsia, el enterrador era su ayudante; y si algún curioso se acercaba á la mesa de disección, y hacía demostraciones de horror ó de repugnancia, Pachi guiñaba los ojos mirando al médico, como diciéndole: Estos se asustan, porque no están en el secreto... je... je.

Pachi se preocupaba poco de lo que decían de él; le bastaba con ser el oráculo de la taberna de Justa; su auditorio lo formaban el peón caminero, el único liberal del pueblo; el juez suplente, que cuando no suplía á nadie fabricaba alpargatas; D. Ramón, el antiguo maestro de escuela, que se llevaba la cena y una botella de vino á la taberna; el tamborilero, el empleado de la Alhóndiga y algunos más. La palabra de Pachi les atraía.

Cuando después de haber hablado de los fuegos fatuos, decía:—A nadie le puede asustar eso, es cosa *lectrica*—, todos los oyentes se miraban unos á otros para ver si sus compañeros habían vislumbrado la profundidad de aquella frase.

Pachi tenía frases; no todos los grandes hombres las tienen, y pronunciaba aforismos dignos de Hipócrates. Su filosofía hallábase encerrada en estas palabras: «Los hombres son como las hierbas, nacen porque sí; hay hierbas de flor encarnada y otras de flor amarilla, como hay hombres buenos y hay hombres malos; pero el que ha de ser borracho lo es.»

Mojaba los labios en el agua, y como asustado por su fortaleza, se bebía un gran trago de aguardiente; porque el sepulturero mandaba poner en una copita pequeña el agua, y en un vaso grande el aguardiente. Pura broma.

En la réplica, Pachi era una fuerza. Un día, un minero, joven y rico, que se las echaba de Tenorio, contaba sus conquistas:

—En el caserío Olazábal—decía—tengo un hijo, en el de Zubiaurre otro, en el de Gaztelu otro...

—Más te valía á ti también—le replicó Pachi filosóficamente—que los hijos de tu mujer fueran tuyos...

Cuando Pachi contaba sus aventuras de América, mientras calentaba con el humo de la pipa su nariz enrojecida, se acompañaban sus palabras con un coro de exclamaciones y carcajadas.

Las aventuras de Pachi en América eran interesantísimas. Había sido jugador, comerciante, ganadero, soldado y una porción de cosas más. De soldado, había tenido que achicharrar vivos á unos cuantos indios. Pero en donde Pachi estaba verdaderamente sugestivo, era al contar sus aventuras amorosas, con negras, zambas, mulatas y amarillas. Podía decir sin exageración que su amor había recorrido toda la escala cromática de las mujeres.

Como la tabernera tenía el genio tan vivo, á los dos días de dar á luz el octavo hijo, se levantó de la cama y trajinó como si tal cosa. Pero á la noche tuvo que volver á la cama, con unas calenturas, que resultaron ser fiebres puerperales, que la llevaron al cementerio. La tabernera estaba muy atrasada en las cuentas; se vendió la taberna, y los ocho chiquillos quedaron en la calle.

—Hay que *hacel* algo por *ezoz niños*—dijo el alcalde—, que para que no se le notara la pronunciación vascongada, hablaba casi en andaluz.

—Por esos niños hay que hacer algo—murmuró el vicario con voz suavísima, elevando los ojos al cielo.

—Nada, nada. Hay que hacer algo por esos niños—dijo resueltamente el farmacéutico.

—La infancia... La caridad—añadió el secretario del Ayuntamiento.

Y pasaron los días y pasaron las semanas; la chica mayor había ido á servir á casa del cartero, en donde estaba satisfecha, y al niño de pecho lo tenía criando de mala gana la mujer del herrador.

Los otros seis: Chomin, Shanti, Martiñacho, Joshe, Mari y Gaspar, corrían descalzos por la carretera pidiendo limosna.

Un día, por la mañana, el enterrador vino al pueblo con un carrito, subió en él á los seis chiquitines, tomó al niño de pechos en sus brazos, para quien compró al pasar por la botica un biberón, y se los llevó á todos á su casita del cementerio.

—¡*Farzante!*—dijo el alcalde.

—¡*Imbécil!*—murmuró el farmacéutico.

El vicario elevó púdicamente los ojos, apartándolos de tanta miseria.

—Los abandonará—pronosticó el secretario.

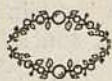
Pachi no los ha abandonado y va sacándolos adelante, y como tiene muchas bocas que llenar, ha dejado su aguardiente; pero está llenando de hortalizas el camposanta de un modo lamentable. Y como ahora hay mercado en el pueblo, Pachi encarga á un amigo suyo, que tiene

el caserío cerca del camposanto, la venta de sus coles y de sus alcachofas en la plaza.

Las coles del amigo de Pachi, que son las del cementerio, tienen fama de sabrosas y de muy

buen gusto en el mercado del pueblo. Lo que no saben los que las compran es que están alimentándose tranquilamente con la substancia de sus abuelos.

Pis Baroja



LIBROS Y REVISTAS



HIPNOTISMO Y MAGNETISMO, SONAMBULISMO, SUGESTIÓN Y TELEPATÍA; INFLUENCIA PERSONAL.

Con este título aparece la segunda parte del *Manual de Hipnotismo*, por J. Filiatre, que acaba de publicar la Casa Editorial de P. Orrier, de Madrid.

Si la primera parte está obteniendo en la actualidad un éxito grande, mayor se lo auguramos al tomo que acaba de publicarse, pues es un resumen de todos los descubrimientos realizados en el orden de las ciencias psíquicas hasta el día, dando un detallado relato de cuantos procedimientos prácticos existen para poder llegar al dominio del Hipnotismo, constituyendo el mayor éxito de este libro el hecho de poner al lector al corriente de todos los progresos alcanzados en el mundo entero sobre esta materia y de que todos los conocimientos que describe pueden ser llevados por el lector á la práctica.

Este libro está dividido en cuatro partes que estudian sucesivamente: en la primera, el *Hipnotismo teórico*, en la que se dan á conocer las *Teorías* de los principales magnetizadores, ya que estos fenómenos han sido estudiados primitivamente bajo el nombre general de Magnetismo, dando, por tanto, á conocer las teorías de Plinio, Homero, Tralles, Avicenas, Santo Tomás de Aquino, Bacon, Ficin, Maxwell, Mesner, Deleuze, Du Potet, Lafontaine, Burville, etc.

En la segunda estudia el Magnetismo é Hipnotismo práctico, pasando revista á todos los procedimientos conocidos y preconizados por las ciencias y á otros tan curiosos como los empleados por los Magos egipcios para obtener la visión á distancia; los empleados por los «Gzanes» y los «Marabouts» argelinos; la Letargia profunda entre los Fakires indios; el estado de Sortilegio y los ladrones de niños en la India y otros curiosísimos estudios. La tercera parte estudia los estados de la Hipnosis, dando á conocer la opinión de los distintos autores sobre la clasifi-

cación y las características de los diversos instintos del sueño hipnótico. Y, por último, da á conocer el Ocultismo Experimental, ó sea el estudio de los fenómenos superiores del Hipnotismo.

LA JUVENTUD DE AURELIO ZALDÍVAR, novela por A. Hernández Catá: Biblioteca *Renacimiento*. Madrid, 1911.

Alfonso Hernández Catá prueba en esta novela que es, ante todo, un novelista. De *Pelayo González*, á la fecha, el estilista no ha cambiado, sigue siendo el estilista elegante y robusto, ligero y armonioso; el pensador es igualmente audaz, paradójico, ingenioso y amable, tal como le hemos conocido en *Novela Erótica*, en *Cuentos pasionales*, en *La distancia*, y *El pecado original*. Pero el novelista es otro: es otro más vivaz, más elocuente, más fácil en la pincelada, más hondo en el análisis, más seguro al «encajar» sus personajes. Es, en fin, el novelista. Por eso, porque existe en ella el *quid divinum* de los grandes narradores de la vida es *La juventud de Aurelio Zaldivar* un libro seductor, que conquista al que lee desde sus primeras páginas. ¿Su argumento? Imposible concretar toda su variedad y toda su vibración emocional en esta simple nota bibliográfica. ¿Las ideas? Las ideas... puede que asusten á las gentes morigeradas que no se han asomado á la vida. Los que hayan sufrido y gozado mucho comprenderán *La juventud de Aurelio Zaldivar*. Para otros, el asunto germen de la novela, hubiera sido plano inclinado hacia el precipicio: Hernández Catá ha sabido elevar sobre base tan resbaladiza, un magnífico edificio de dolor. En este libro de unción y piedad, lo transitorio del momento, las preocupaciones actuales del hombre que vive su época, están vestidas con el manto eterno de la belleza.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentifrico y el más
económico

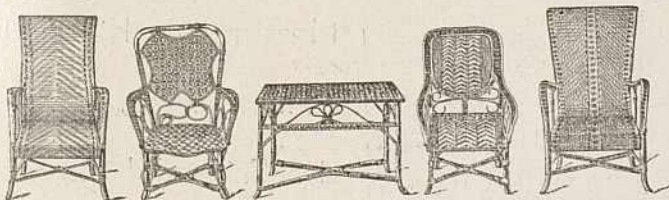


Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimadas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



DE MARIANO V. GARCÍA

CALLE DE VERGARA, NÚMERO 1

(frente al Real) MADRID

PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-
ra y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina,
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,
Madrid.

Es inexploriva. No produce humo ni olor.



GARRIDO
GRABADOR
Calle del Desengaño, 9

Casa acreditada y la más económica para sellos
de caucho, bronce y chapas anunciadoras.
Letras y cifras de plata y timbres.
HERALDICA

TAPAS

para encuadernar el primer semes-
tre de este año de **El Cuento Semanal**

Son sumamente lujosas y artísticas :: Precio: **2** ptas.

Acompañad 0,25 céntimos para el certificado



Peluquería
de Señoras

LA COIFFURE de PARÍS

Postizos París in-
visibles. - Ondu-
lación natural.
Peinados alta
fantasia. - Bisoñes
París, creación
:: de la casa ::

GORREDERA BAJA 19
:: :: junto á Lara :: ::

Fábrica de corbatas

**CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA**

Precio fijo :: **CAPELLANES, 12** :: Precio fijo

Vino de Peptona de Ortega

Para **convalecientes** y **personas débiles**; es el mejor tónico y nutritivo. Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo, etc. Los **anémicos** deben emplear el vino ferruginoso, que tiene las propiedades del anterior, más la reconstituyente del hierro.

ORTEGA

Laboratorio-Fábrica

Puente de Vallecas



Primera y única fabricación en grande escala de las Pectonas y sus preparados por medio del vapor y con todos los aparatos más modernos



Premiado con medalla de oro en el IX-Congreso Internacional de Higiene y Demografía y en la Exposición Universal de Bruselas de 1910

MADRID

Farmacia:

Calle de León, 13